

**Antenor Orrego. *El sentido americano y universal de la poesía de César Vallejo*. Edición, prólogo y notas de Ricardo Silva-Santisteban. Lima: Alastor Editores y Editorial Cátedra Vallejo, 2018, 252 págs.**



En *El sentido americano y universal de la poesía de César Vallejo*, editado, prologado y anotado por el poeta y crítico Ricardo Silva-Santisteban (Alastor Editores/Editorial Cátedra Vallejo, 2018), se da cuenta, entre otros tópicos de interés, de que el intelectual, periodista, ensayista y reconocido estudioso y crítico de la obra de César Vallejo, Antenor Orrego Espinoza (1892-1960), que formó parte de la Bohemia de Trujillo —que luego se llamó Grupo Norte y entre cuyos integrantes destacaron, por ejemplo, Alcides Spelucín, Juan Espejo Asturrizaga y Víctor Raúl Haya de la Torre—, es considerado, en lo que a la historia de los estudios de la obra de Vallejo se refiere, como el primer crítico que, con lucidez y agudeza, ponderó la importancia de la calidad literaria y obra poética del autor en su inmensa dimensión y con una interpretación de naturaleza filosófica (20) —tal como quedó registrado en el famoso prólogo que este escribió para el poemario *Trilce* (1922), de Vallejo—, al punto de concebir y considerar a través de este, y no solo por la novedad y riqueza que esta obra implicaba, como precisamente también lo refiere directamente el propio título de la obra inicialmente mencionada, «el sentido americano y universal de la poesía de César Vallejo» —de quien fue amigo y a quien conoció en

1914 (14), y cuya poesía, «desde sus inicios, había visto nacer y luego irse conformando y desarrollando sucesivamente con un indudable enriquecimiento», tal como lo refiere Silva-Santisteban (20)—. Además, anticipó que sería en el porvenir cuando la obra de Vallejo sería reconocida: «El poeta Vallejo muere [...] casi ignorado, malgrado [sic] la fuerza y el perfil únicos de su obra literaria. Descartados los círculos intelectuales que vivieron más próximos al poeta en el Perú y en París, su tarea no alcanza a difundirse en ámbitos más extensos. Pero Vallejo tomará su buen desquite en el porvenir. Cercano o lejano, tendrá que tomarlo porque arrastra un fermento que apenas comienza a burbujear en la vigilia de la conciencia continental» (19). Así también, en la década de 1930, en correspondencia con su militancia y actividad partidaria aprista desde la década anterior —de las que Silva-Santisteban afirma que «lo han encasillado en un tipo de pensamiento que, en realidad, excede con largueza» y que lo encumbra sobre lo que este llama «un accidente de tipo ideológico» (29) frente a la complejidad y profundidad de su meditación y obra de alcance americano—, Orrego, junto con otras quince personas, entre las que se encontraba el novelista, de filiación también aprista, Ciro Alegría, formó parte del Comité Aprista de Trujillo y se vio forzado a permanecer en la clandestinidad debido a la persecución y represión que durante años sufrió su partido desde ese entonces. Se desempeñó como senador por el departamento de La Libertad (1945), como secretario general del Partido Aprista ([PAP] 1949) y como director de *La Tribuna* [órgano oficial del PAP] (1956), y participó como invitado de honor y representante de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, de Lima, Perú, en el simposio «César Vallejo, Poeta Trascendental de Hispanoamérica» —organizado por la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba, en Argentina, y por intermedio de los Institutos de Literatura Argentina e Hispanoamericana y del Nuevo Mundo—, que se realizó en 1959 con la presencia de numerosas personalidades y delegaciones universitarias y académicas, en torno a la poesía de César Vallejo, en la que Orrego —que fue acompañado por el escritor Xavier Abril y el profesor Alcides Spelucín, de la Universidad Nacional del Sur, de Bahía Blanca, Argentina, ambos peruanos y también «amigos

personales de Vallejo» (236)— basó su exposición en las meditaciones expuestas en su texto clave *Pueblo-Continente* (1937) —un libro sin igual en el Perú en lo que respecta a «una estremecida emoción, una prosa vigorosa y un aliento poético tan notables» que posee, junto con una «destacada originalidad», en términos de Silva-Santisteban (27)—, y cuyo texto leído, con breves modificaciones, se encuentra integrado con ligeras modificaciones en *Hacia un humanismo americano* (1966), la segunda obra orgánica de Orrego, que, junto con la ya mencionada, conforman, ciertamente, los dos grandes libros de este —parcialmente compuestos durante periodos de persecución oficial antiaprista [1932-1944 y 1948-1956] y escritos desde la clandestinidad— y, a la vez, sintetizan de modo fundamental su pensamiento en relación con la poesía de César Vallejo.

La obra *El sentido americano y universal de la poesía de César Vallejo* presenta una sección inicial, llamada «Valoración de Antenor Orrego», a cargo de Silva-Santisteban, que es seguida por dos partes que contienen la producción de Orrego: una primera denominada «El sentido americano y universal de la poesía de César Vallejo», en la que se presentan todos los estudios, artículos, recuerdos y notas de Orrego dedicados a la obra y vida de Vallejo, y la segunda, denominada «Cartas intercambiadas entre César Vallejo y Antenor Orrego», en la que, como su nombre lo indica, se incluye parte del intercambio epistolar entre Vallejo y Orrego, con la finalidad de facilitar su lectura, porque es de difícil acceso o porque se encuentra desperdigada. Al respecto de estas, cabe destacar que la primera parte incluye, por ejemplo, y por solo citar los primeros consignados en la obra: (a) los comentarios de Orrego, de 1916, sobre el poema «Aldeana», de Vallejo, composición sobre la que señala que es «la partida de bautismo de un creador de calidades excepcionales» (36); (b) «la emoción y el contento suscitados en Orrego» (38), la lectura de los sonetos del poema «Fiestas aldeanas», de Vallejo, en 1916; (c) impresiones sobre la participación del poeta Vallejo en la actuación literaria realizada en octubre de 1916 y organizada por el Centro Universitario de la Universidad Nacional de Trujillo —de la que Orrego fue, por cierto, rector en 1946— en conmemoración del Descubrimiento de América;

(d) las generosas palabras que, en 1917, José María Eguren dirige en carta a Vallejo con motivo de que este le enviara algunos versos suyos —correspondientes al poema «El pan nuestro», que luego pasaría a formar parte del poemario *Los heraldos negros* (1919)—; (e) sus artículos de 1917 «La justicia de Jehová», en respuesta a libelos contra Vallejo elaborados por zoilos enmascarados bajo los «seudónimos de J. V. P. y Lloque Va.» (48), y «Un crítico simbolista», contra denuestos dirigidos a Vallejo, en el que lo único que deplora «es no tener vocación ni paciencia de desasnadores para meterles a hacha y martillo [a] lo[s] que no pueden o no quieren comprender» (50); (f) su artículo «Un libro de César A. Vallejo: *Los heraldos negros*», de 1918, en el que afirma que el caso de Vallejo es «único en nuestra literatura nacional» (51) y «ha traído tanta riqueza musical [...] melodía al pensamiento [...] ritmos nuevos» (21); (g) su artículo «La gestación de un gran poeta», de 1919, en el que, entre otros, señala, a propósito de *Los heraldos negros*, de Vallejo, que se halla «ante un creador en la radiante, en la rebotante plenitud de la palabra» (53) y con «tanta máscula originalidad» (64), y de quien destaca su técnica y plenitud; (h) el artículo «La poesía latinoamericana y las nuevas corrientes estéticas. Los tres grandes poetas de la última generación peruana», de 1920, en el que aborda, entre otros, el tema relativo al movimiento intelectual en Trujillo, del que señala que «tiene el orgullo de ostentar actualmente al más alto representante de la poesía nacional» (68) con referencia a Vallejo; (i) las «Palabras prologales a *Trilce*», de 1922; (j) el artículo «El americanismo de la obra literaria de César Vallejo», de 1925, en el que, entre otros, señala que, con Vallejo, «nuestro americanismo [...] alcanza su gravedad [...] su universalidad» (86); (k) los artículos «Panorama intelectual de Trujillo», «Ha muerto el poeta César Vallejo» y «El encuentro de un continente consigo mismo», de 1928, 1938 y 1954, respectivamente; y (l) los artículos «Una fuerza extraña me dicta lo que escribo» y «Mi encuentro con César Vallejo» —en el que Orrego narra, entre otros, su encuentro con Vallejo—, de 1989; mientras que la segunda parte, de carácter epistolar, contiene, específicamente, (a) cuatro misivas de Vallejo a Orrego (de 1918, 1922 [dos] y 1931) y, asimismo, (b) dos de este último (de 1926 y 1929) dedicadas al poeta,

que son expuestas también, además de lo ya señalado, en función del interés que de por sí estas expresan, esto es, por su «alto interés humano y literario», en palabras de Silva-Santisteban (240).

Asimismo, se puede señalar que la obra aquí reseñada tiene entre sus objetivos el servir a lograr la debida difusión de la obra de Orrego, inclinada más al aspecto continental en su conjunto —que implicaba su interpretación del presente y futuro americano y la preocupación por su devenir en la historia, por su destino social y político, expresada a través de «una extensa y compleja meditación» de su parte al respecto— y no circunscrita al ámbito peruano, y no difundida por motivos vinculados al hecho de que «el pensamiento y la política, la ideología y el sectarismo enturbian el panorama de las ideas en el Perú, donde es imposible la coexistencia eficaz de distintos sistemas de pensamiento, cuando no se opta por una total ausencia del mismo» —tal como lo señala Ricardo Silva-Santisteban (13)—, y que, por cierto, guarda correspondencia con la realidad del Perú actual, y, asimismo, porque su obra, compuesta por libros y artículos, en la que «coparticipan la filosofía, la sociología, la antropología, la historia, etc.» (14), posee «un carácter visionario cargado con las tintas de una poesía resonante entre las líneas de su discurso» (14) —lo que no fue perdonado por «filósofos carentes de imaginación y de estilo, para quienes el paradigma de la expresión de las ideas es el de una prosa seca, soporífera y sin vitalidad», como afirma Silva-Santisteban (14)—, como parte de un estilo «siempre vigoroso, poético y persuasivo» que, como también señala Silva-Santisteban (17), lo caracteriza.

Finalmente, cabe señalar que, sin duda, como afirma Silva-Santisteban, si bien, como crítico de Vallejo, la obra de Orrego resulta aún «poco» o «mal conocida», «los valiosos estudios de Orrego, por su indudable importancia, habrán de ser, en lo futuro, de lectura indispensable, gratificante e inevitable para los múltiples estudiosos del poeta» (19), y en ese esfuerzo se inscribe, precisamente, en el presente, y de muy buena forma, la publicación de *El sentido americano y universal de la poesía de César Vallejo*, cuya lectura y estudio resultan muy recomendables en general, en especial para

los estudiosos de la obra de Vallejo y de Orrego, en particular, en su aproximación crítica a la obra literaria del poeta Vallejo y a su «sentido americano y universal», que, como se conoce y señala en la obra, fue él el primero en aquilatar.

Paolo de Lima

Universidad Nacional Mayor de San Marcos  
Universidad de Lima  
paolodelima@hotmail.com